

Sylvie Weil: *En casa de los Weil. André y Simone*. Trad. de Alberto Sucasas, Madrid, Trotta, 2011, 156 páginas.

En la vida de un filósofo siempre lo más importante es su obra. Estamos acostumbrados a no pretender nada más de ellos. Nos da igual si fueron mentirosos o cándidos, ascetas o libertinos. Dialogamos con sus obras y casi nunca pensamos en su carácter o en sus elecciones. Pero normalmente estos filósofos son varones. Cuando se trata de mujeres algo cambia. La filosofía femenina empieza tomando conciencia de que no se puede separar la obra de la vida. La vida se hace obra. Y las condiciones materiales y espirituales del pensamiento ya no pueden ser desatendidas. Las mujeres intuyen que, para penetrar en el dominio de la sabiduría, tienen que arrastrar los supuestos de su propia existencia, hasta su verdad. Casi todas las obras de las mujeres del siglo XX tienen en cuenta la relación íntima entre teoría y práctica —entre vida y pensamiento— y crean su originalidad a partir de sus experiencias.

La vida y el pensamiento de Simone Weil representan uno de los ejemplos más evidentes de esta posible conexión. Casi no hay monografía sobre Weil que no hable de su atormentada vida y de su extravagante personalidad. Algunos la quieren loca, otros santa, algunos mística, otros anoréxica; infinitas son las disputas acerca de su pertenencia a la iglesia católica y de su supuesto bautismo, muchos son los elogios por su compromiso político: la escandalosa actividad sindical, el coraje en la fábrica y en la guerra. A otros su anti-conformismo les fastidia; pero, es cierto, pocos se fijan en sus ideas. Y estos pocos no lo pueden hacer sin tener en cuenta los hechos de su vida: su inevitable biografía. Lo cierto es que los escritos de Weil están vinculados a su vida; no nos ha dejado una obra sistemática, sino una gran cantidad de apuntes en sus cuadernos, artículos, ensayos. La mayor parte de su producción está escrita bajo la influencia del mundo circundante: la cuestión obrera, el surgimiento de los totalitarismos en Europa, la guerra civil en España y la Segunda guerra mundial; asuntos que se unen y se confunden con las realizaciones individuales: la reflexión constante sobre lo bello y el bien, un fuerte sentido de la moralidad, la búsqueda de una coherencia entre los actos y el pensamiento, la relación con el cristianismo y con otras tradiciones religiosas. Simone Weil murió a los treinta y cuatros en Londres, en 1943, poco después de haber dejado su colaboración con la resistencia francesa en el exilio. Era muy joven cuando escribió sus brillantes comentarios y tuvo sus increíbles experiencias; su participación en la vida de fábrica y en la guerra, fue poco más que un capricho: un capricho lo suficientemente pesado para una sensibilidad tan receptiva. El interés que conlleva su vida se debe a la fascinación ejercida por una personalidad fuerte que destina toda su voluntad a la persecución de un objetivo: separarse de su nacimiento. Nacer mujer y hacerse hombre, nacer burguesa y hacerse obrera, nacer teórica y hacerse práctica, nacer judía y hacerse cristiana: nacer y hacerse nada. Sin duda, conocer los acontecimientos de su vida ayuda a entender su obra. Sin embargo, ayudaría más estudiar el contexto cultural y filosófico —el clima intelectual— en cuyo interior inscribió su reflexión. Y no son muchas las tentativas en este sentido. Tal vez haga falta olvi-

darse, por un momento, de su vida, para valorar sus intuiciones y encontrarle un sitio apropiado en la historia de la filosofía. La tradicional comparación crítica con otras mujeres que han actuado en su época, aunque sea muy conveniente, deja algo que sobra. Simone Weil se coloca entre los grandes filósofos del siglo pasado, a pesar de ser mujer, a pesar de ser judía, a pesar de su participación en la guerra y en la vida de fábrica; aunque, por supuesto, gracias a todos estos factores. Su reflexión hereda la gran tradición de la filosofía francesa —de Descartes, de Rousseau— y anticipa muchos de los temas que animan, hoy en día, el debate filosófico: la creación de una teología postmetafísica, la crítica de la democracia, la puesta en valor, en el contexto social, de elementos pre-políticos: el don y el amor.

El libro de Sylvie Weil, sobrina de Simone, hija de su querido y genial hermano André —eminente matemático— se presenta entonces como un trabajo necesario. Escrito como una novela, sin pretender ser un ensayo sobre la filosofía de Weil ni una biografía exhaustiva, permite una importante operación crítica: acabar con toda hagiografía. El retrato de una mujer frágil, con sus debilidades, con su encantadora y, a veces, irritante humanidad, concede a la filósofa todo la importancia que merece. Restablece, por contraste, el derecho de los varones: el de ser tomados en serio a pesar de su vida. Una *epoché* necesaria.

Las figuras de los dos geniales hermanos, André y Simone, son narradas con emoción y humor: personalidades fuertes, colmadas de su misión y de su vocación. Fascinantes en sus defectos. Y detrás de ellos, la historia de una familia, unida y finalmente destrozada por el dolor de una pérdida prematura: la de la hija mimada. Un cuento sin ilusiones: poético y polémico. En primer plano la cuestión del judaísmo: rechazado por Simone, trata de ser restablecido por Sylvie. Thomas Nevin ya había intentado hacer a Weil más judía de lo que ella misma quería: asimilable a la imagen del *tzaddik*: la persona justa. Y lo mismo intenta Sylvie Weil, escritora y estudiosa del judaísmo, pensando en las reflexiones de su tía acerca de la caridad. Pero también acusa a su “santa” tía de haberse olvidado del mundo, para situarse en una realidad muy distinta, y de haber negado, con toda su fuerza, sus raíces: preocupada, casi obsesionada, por la desdicha, ni una palabra para los desdichados judíos; apasionada por todas tradiciones religiosas, solamente palabras de desprecio para la tradición judía. Crítica que se parece a la desarrollada, en su momento, por Lévinas: Weil no conoce y no quiere entender la tradición de sus antepasados. Tema interesante y cuestión todavía abierta para los estudiosos de Weil. Y además, el tema de la sexualidad: de una carnalidad renegada para ser sublimada; argumento presente y alusivo que llega hasta el relato de un insinuante episodio onírico.

La personalidad de Sylvie Weil y su talento de escritora destacan en este lúcido e inteligente relato, que es una novela y una confesión: una mirada desde el interior de una historia mil veces y nunca de este modo —como historia familiar— contada. Una novela que tiene la ventaja de no intentar justificarlo todo, de ser honesta y sin adulaciones: de provocar la actitud weiliana y de plantear preguntas, en vez de dar respuestas. Y, al final, la figura de Simone Weil está enriquecida, *como la fragilidad de las flores de cerezo acrecienta su belleza*.

Cristina Basili
Universitat Pompeu Fabra